El vecino, el conductor del autobús, el cartero y Marilyn Monroe

Adriana Lisboa

Soy una escritora brasileña que vive en Boulder, Colorado, donde me consideran una autora local –aunque escriba en portugués y no sea quien firma las traducciones de mis libros en inglés.

Soy una escritora brasileña que vive en Boulder, Colorado, desde hace poco más de cuatro años. Es mi segunda auto expatriación. A los dieciocho años emigré a Francia, donde terabajé cantando música popular brasileña en la noche. La lengua portuguesa siempre estuvo allí, en mis tacones. Yo ganaba algo extra si cantaba el gran hit del momento: «Essa moça tá diferente», de Chico Buarque, tema de un anuncio. En aquella época, escribía poemas que dactilografiaba en una la máquina de escribir encontrada en el apartamento que alquilaba en París (el dueño del apartamento era Philippe Castel, hijo de Robert Castel, y la cama estaba compuesta por columnas de libros apiladas con un colchón encima. A veces, para leer algo, desmontaba la cama.

Tuve nostalgia del hogar y volví a Rio, estudié, fui madre, hasta aparecer en mi frente ese destino improbable: Colorado, en el Oeste de los Estados Unidos. Mi experiencia estadounidense hasta entonces consistía en una semana de turista en Nueva York y quince días en un monasterio budista en California.

Pero el corazón es soberano y la vida es improbable y los pies a veces escogen sus caminos por cuenta propia, como adolescentes cuestionando la autoridad. En diciembre de 2006, desmonté mi pequeño apartamento en Laranjeiras, en Rio de Janeiro, vendí

lo que pude vender, envié casi todos mis libros a casa de mis padres, tomé a mi hijo de la mano y, con dos maletas cada uno, nos mudamos a Colorado.

En Rio era verano. Uno de esos veranos húmedos que nos hacen hinchar como esponjas y sudar en cascada. En Colorado yo no conseguía ver el suelo. Todo era un inmenso tapete blanco de donde surgían postes de luz aquí y allá. Era invierno –de esos inviernos secos de cielo azul y días cortos y temperaturas cayendo a veinte grados negativos. Las manos y los labios agrietados, los ojos dolientes.

En medio de todo eso, mi preocupación parecía aún más exótica que yo. Ah, escritora, me decían. ¿Y qué es lo que has publicado? No importa, contestaba. Mis libros no saldrán aquí. ¿De donde eres?, querían saber. Rio. ¡Rio!, exclamaban. ¿Y cómo es que has venido aquí?

Tal vez vivir fuera de nuestro país nos aproxima a él. En Brasil, nunca tuve conciencia de ser una escritora brasileña. Solamente cuando presentaba el pasaporte en algún otro país ese rótulo me decía algo. No siempre de manera agradable. Recientemente, conocí al artista plástico Enrique Oliveira, que vino a exponer a Boulder, y me contó su malestar al ser presentado como artista brasileño, y su deseo de ser presentado como un artistas, punto. Estuve de acuerdo. Pero parece que de algún modo necesitamos explicarnos. Y la verdad (irónica) es que el director del museo nos presentó uno a otro justamente por ser ambos brasileño.

Tenemos nuestras características: madre, padre, brasileño, indiano, vietnamita, monje, agricultor, judío, presidiario. Ninguna de ellas da cuenta del algo más que un fragmento de nosotros. Ninguna de ellas es algo más que un retrato bidimensional y experimental. Por ser mujer (así como algo más del cincuenta por ciento de la humanidad), muchas veces ya me vi enfrentada a la llamada «literatura femenina», rótulo del cual siempre huí como de la peste porque no me ha parecido relevante. Y cuando se propone como relevante, no me identifico con ello.

Hoy, en el Brasil, soy una escritora brasileña que vive fuera y va a su país una o dos veces por año, y aquí en Boulder soy una autora local que vino de fuera y sólo publica libros en traducción. Lejos de crear un nudo de identidad en mí, esta esquizofrenia me

proporciona un distanciamiento de los dos mundos, más o menos como el que la gente sabe que necesita para mirar un cuadro impresionista. De cerca, esas telas son un montón de borrones.

Fuera de Brasil. Me animé por primera vez a escribir más seriamente sobre un episodio de la historia del Brasil –la Guerrilla de Araguaia– en un libro (la novela *Azul-corvo*). Pero en este libro está también el paisaje árido de Nuevo México, ese mundo que me impresionó profundamente y me sigue impresionando hoy. Lo que escribo se ve muy influido por lo que veo y vivo, y hasta hoy, ciertos paisajes de mi infancia, del interior del Estado de Rio, habitan en mis libros. Pero mi vida es actualmente, también, una nostalgia continua: de Rio de Janeiro en Colorado, de Colorado en Rio de Janeiro, de las personas que amo en uno y otro lugar, de mis dieciocho años cantando música popular brasileña en Francia, de la búsqueda que hice del poeta Matsuo Bashô en Kyoto, y de los grandes amigos dispersos por ahí.

Así que es posible que cualquier tema que yo escoja, «brasileño» o no, sea una manera de perseguir todo esto, intente decir lo que veo y lo que no consigo ver por más que lo intente, lo que no veo que me falta, lo que veo y no quisiera ver. Del malestar, también: esa sensación de mayor o menos desajuste que es, creo, nuestra experiencia del mundo, y que nos hace estar siempre corriendo tras algo. Para unos es la promoción, para otros es el viaje a fin de año, para otros es la eterna juventud, para otros es el olvido a través de los varios *doping* disponibles, para otros, en fin, es hacer películas, fotos, hijos, plantar semillas de lechuga, escribir libro.

Claro, somos en parte moldeados por las circunstancias. Ya me preguntaron si no planeo escribir libros en inglés, y mi respuesta es que por cuanto menos, sería artificial para mí. De vez en cuando escribo un poema en inglés, pero eso tal vez porque en los versos la sintaxis es más débil, más libre. O tal vez porque mi nueva circunstancia ya esté afirmando su espacio. Pero apenas somos capaces de comunicarnos, de entendernos (mínimamente) a través de lo que compartimos. Para que la poesía de Bashô, escrita hace cuatrocientos años, me diga algo, es necesario que ella *me diga algo*. De lo contrario, no lo ves, así comos e dice que los indios no vieron las primeras carabelas que llegaron por el Atlántico.

Lo «exótico» es sólo, entonces, una faceta de nosotros mismos que hace sonar una nota inédita, pero que es parte de nuestra escala. Los suburbios americanos serán exóticos para un visitante del Nepal. Una amiga alemana me llamó la atención en cierta ocasión, en Rio, sobre un pájaro exótico posado en un árbol.: era un *bem-te-vi*, un pájaro muy común en Brasil. Los monjes japoneses se asombraron al venir a los Estados Unidos cuando el budismo zen comenzó a diseminarse por aquí. Los americanos se asombraron al experimentar la vida en los monasterios budistas en Japón.

Por lo tanto, mi condición actual es apenas una condición, y tal vez fuese otra si allí, algún día, yo hubiera dejado de atender una llamada. Pero en un cierto sentido es inevitable esa condición de trasportar en lo que escribo si quien escribo soy yo.

En los libros de Luiz Ruffato, por ejemplo –cito a Luiz por ser uno de los autores que más admiro– leemos en buena medida aquello que Luiz Ruffato es, aquello que él piensa del mundo, incluso si (lo que, con todo, es bien improbable) él decide reescribir las *Memorias de Adriano.* Marguerite Yourcenar no viajó a la época del emperador romano, y todo lo que supo de él fue, digamos, aquello que no eran carabelas para los indios. Creo que es en ese espacio de comunicabilidad que transitamos con lo que escribimos, independientemente de lo que escribimos y donde escribimos. Incluso cuando tratamos –y espero no estar estirando demasiado la cuerda– de desencuentro, de extrañamiento y de incomunicabilidad.

Nuestras lecturas también acaban circunscritas por esos nuevos espacio –o por los espacios de nuestros intereses específicos. Un amigo me dijo que encontraba impresionante mi fascinación por la poesía oriental. Cuando pienso en la poesía oriental sé que mi conocimiento es limitadísimo –leí a Bashô y otros japoneses, como Issa y Buson, fascinada por el coreano Ko Un, pero hay mucho más que estos. Estoy atenta a lo que consigo de la producción literaria en Brasil. Pero mis lecturas forman parte de mis circunstancias y de aquello que esas circunstancias han hecho posible para mí (mi primer novio me dio de regalo las *Memorias póstumas de Bras Cubas*, de Machado de Assis, cuando yo tenía catorce años. Descubrí al poesía de Chantal Maillard en una exposición de fotografías en un museo de Santiago de Compostela.

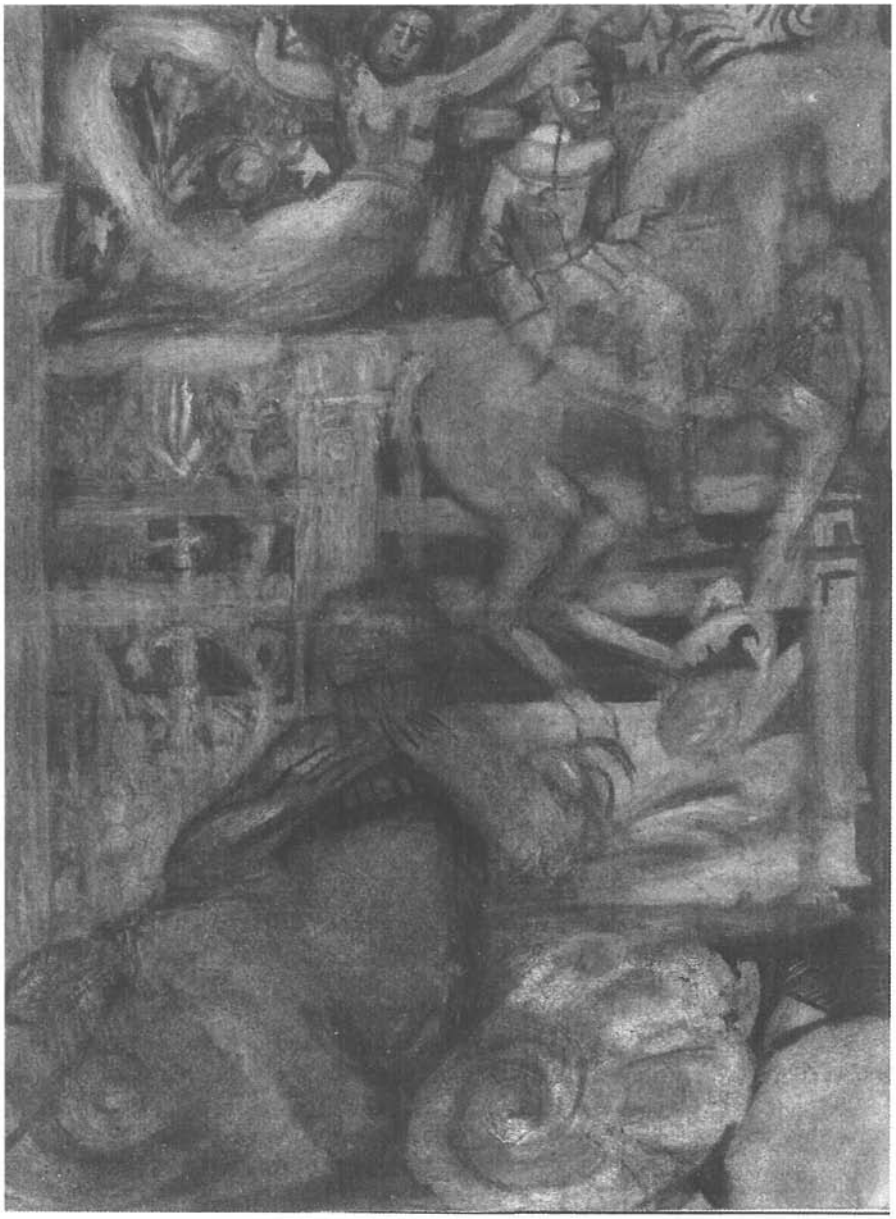
Conocí a Alejandro Zambra en Bogotá y quise leer su novela *Bonsái* por el título.

Dicho de una manera un tanto desorganizada, es así que veo lo que escribo en relación a mi país natal, el país donde vivo, los lugares que me atraen en el mundo en que conozco o no. La novela que comencé a escribir hace poco tiene este subtema: un lugar inalcanzable. Porque tiene mucho de mito, y porque está en parte construido por nuestra propia experiencia de él. Como escribió bashô: «Incluso en Kioto siento nostalgia de Kioto». O como escribió Paulo Henriques Britto: «Más allá de sus fronteras hay un mar/ ajeno a toda nave exploratoria,/ inmune incluso al osado Vasco./ Porque ningún descubridor de la historia/ (¿alguien lo intentó?), jamás se desprendió/ / del muelle húmedo e ínfimo del yo».

Puede ser que la escritura honesta sea una tentativa en este sentido: desprenderse de ese muelle húmedo e ínfimo, volverse hacia fuera –y «hacia fuera» puede ser para otro siglo o país, hacia el vecino, el conductor del autobús, o el cartero de Marilyn Monroe (que además mereció muna bella oración de Ernesto Cardenal), hacia el hijol hacia un animal.

La literatura nos da ese privilegio de vestir otras pieles y habitar otras mentes sin perder las nuestras (recuerdo que preguntaron al director de cine Steven Soderbergh, acerca de su filme *Sexo, mentiras y videoclips*, si él se identificaba con algunos de los cuatro personajes principales. Sí, respondió, con los cuatro). Esto requiere, sin embargo, atención, requie4re humildad, sentidos alertas y una perspicacia como el filo de una navaja, para apartar las camadas de aquello que la repetición ya empañó y los peligros de la subjetividad apasionada por sí misma. Pienso que son esos los verdaderos instrumentos de un escritor (o por lo menos de los escritores que me interesan), su espada y su azadón, y el resultado de su trabajo dependerá de su esfuerzo y de su habilidad para manejarlos ©

Traducción: Juan Malpartida



O vizinho, o motorista do ônibus, o carteiro e Marilyn Monroe

Adriana Lisboa

Sou uma escritora brasileira morando em Boulder, Colorado, onde me consideram uma autora local – muito embora eu escreva em português e não tenha sido quem assinou as traduções dos meus livros para o inglês.

Sou uma escritora brasileira morando em Boulder, Colorado, há pouco mais de quatro anos. É a minha segunda auto-expatriação. Aos dezoito anos emigrei para a França, onde trabalhei cantando música popular brasileira na noite. A língua portuguesa sempre esteve ali, nos meus calcanhares. Eu ganhava gorjetas extra se cantasse o grande hit do momento: «Essa moça tá diferente», de Chico Buarque, tema de um comercial. Naquela época, eu escrevia poemas que datilografava na máquina de escrever encontrada no apartamento que alugava, em Paris (o dono do apartamento era Philippe Castel, filho do sociólogo Robert Castel, e a cama era composta de colunas de livros empilhados com um colchão por cima. Às vezes, para ler alguma coisa, eu desmanchava a cama).

Deu saudade de casa e voltei para o Rio, estudei, fui mãe, até aparecer na minha frente esse destino improvável: o Colorado, no oeste dos Estados Unidos. Minha experiência estadunidense até então consistia numa semana como turista em Nova York e quinze dias num mosteiro budista na Califórnia.

Mas o coração é soberano e a vida é imprevisível e os pés às vezes escolhem seus caminhos por conta própria, como adolescentes questionando a autoridade. Em dezembro de 2006, desmanchei meu pequeno apartamento em Laranjeiras, no Rio de Janeiro, vendi o que podia vender, despachei quase todos os meus

livros para a casa dos meus pais, peguei meu filho pela mão e, com duas malas cada um, nos mudamos para o Colorado.

No Rio era verão. Daqueles verões úmidos que nos fazem inchar feito esponjas e suar em cascatas. No Colorado, eu não conseguia ver o chão. Tudo era um imenso tapete branco de onde despontavam postes de luz aqui e ali. Era inverno – daqueles invernos secos de céu azul e dias curtos e temperaturas caindo a vinte graus negativos. As mãos e os lábios racham, os olhos doem.

Em meio a tudo isso, a minha ocupação parecia ainda mais exótica do que eu. Ah, escritora! me diziam. E o que você publicou? Deixa para lá, eu dizia. Meus livros não saíram aqui. De onde você é? queriam saber. Rio. Rio! exclamavam. E como foi que você veio parar aqui?

Talvez viver fora do país nos aproxime dele. No Brasil, nunca tive consciência de ser uma escritora brasileira. Somente quando apresentava o passaporte em algum outro país é que esse rótulo grudava em mim. Nem sempre de modo confortável. Recentemente, conheci o artista plástico Henrique Oliveira, que veio expor em Boulder, e ele me contou do seu desconforto ao ser apresentado como um artista brasileiro, e do seu desejo de ser apresentado como um artista, ponto. Com o que concordei. Mas parece que precisamos nos explicar, de algum modo. E a verdade (irônica) é que o diretor do museu nos apresentou um ao outro justamente por sermos ambos brasileiros.

Temos as nossas condições: mãe, pai, brasileiro, indiano, vietnamita, monge, agricultor, judeu, presidiário. Nenhuma delas dá conta de mais do que um traço nosso. Nenhuma delas é mais do que um retrato bidimensional e experimental. Por ser mulher (assim como mais de cinquenta por cento da humanidade), muitas vezes já me vi às voltas com a chamada «literatura feminina,» rótulo do qual sempre fuji feito o diabo da cruz por achar que não é relevante. E quando é relevante aponta para algo com que não me identifico.

Hoje, no Brasil, sou uma escritora brasileira que mora fora e vai ao país uma ou duas vezes por ano, e aqui em Boulder sou a autora local que veio de fora e só publica livros em tradução. Longe de criar um nó de identidade em mim, essa esquizofrenia me proporciona um distanciamento dos dois mundos mais ou menos como

aquele que a gente sabe que precisa para olhar um quadro impressionista. De perto, aquelas telas são amontoados de borrões.

Fora do Brasil, pela primeira vez me animei a escrever mais seriamente sobre um episódio da história do Brasil –a Guerrilha do Araguaia– num livro (o romance *Azul-corvo*). Mas no livro estão também as paisagens áridas do Colorado e do Novo México, esse mundo que me impressionou profundamente e me impressiona ainda hoje. O que escrevo é muito influenciável pelo que vejo e vivo e até hoje paisagens da minha infância, no interior do estado do Rio, habitam os meus livros. Mas a minha vida é hoje, também, uma saudade contínua: do Rio de Janeiro no Colorado, do Colorado no Rio de Janeiro, das pessoas que amo num e noutro lugar, dos meus dezoito anos cantando música popular brasileira na França, da busca que fiz pelo poeta Matsuo Bashô em Kyoto e dos grandes amigos espalhados por aí.

Então é possível que qualquer tema que eu escolha, «brasileiro» ou não, seja um modo de perseguir tudo isso, tente dizer do que vejo e do que não consigo ver por mais que tente, do que não vejo mas me falta, do que vejo mas preferia não ver. Do mal-estar, também: essa sensação de maior ou menor desajuste que é, penso, nossa experiência no mundo, e que nos faz estar sempre correndo atrás de alguma coisa. Para alguns é a promoção, para outros é a viagem no fim do ano, para outros é a eterna juventude, para outros é o esquecimento através dos vários *dopings* disponíveis, para outros é fazer filmes, fotos, filhos, plantar pés de alface, escrever livros.

Claro, somos em parte moldados pelas nossas circunstâncias. Já me perguntaram se não planejo escrever livros em inglês, e minha resposta é que pelo menos por enquanto isso seria artificial para mim. De vez em quando escrevo um poema em inglês, mas isso talvez porque nos versos a sintaxe fique mais frouxa, mais livre. Ou talvez porque a minha nova circunstância já esteja afirmando seu espaço. Mas apenas somos capazes de nos comunicar, de nos entender (minimamente) através do que compartilhamos. Para que a poesia de Bashô, escrita há quatrocentos anos, me diga alguma coisa, é preciso que ela *me diga alguma coisa.* Do contrário não a enxergo, assim como dizem que os índios não enxegaram as primeiras caravelas que chegavam pelo Atlântico.

O «exótico» nada mais é, então, do que uma faceta de nós mesmos que faz soar uma nota incomum, porém parte da nossa escala. Os subúrbios americanos serão exóticos para um visitante do Nepal. Uma amiga alemã certa vez me chamou a atenção, no Rio, para um pássaro exótico pousado numa árvore: era um bem-te-vi, pássaro tão comum no Brasil. Os monges japoneses piraram ao vir para os Estados Unidos quando o zen-budismo começou a ser disseminado aqui. Americanos piraram ao ir experimentar a vida em mosteiros zen-budistas no Japão.

Portanto, a minha atual condição é apenas uma condição, e talvez fosse outra se lá atrás, certo dia, eu tivesse deixado de atender a um telefonema. Mas num certo sentido e inevitavelmente essa condição se transporta para o que escrevo, se quem escreve sou eu.

Nos livros do Luiz Ruffato, por exemplo –cito o Luiz por ser um dos autores que mais admiro– lemos em grande parte aquilo que o Luiz Ruffato é, e aquilo que ele pensa do mundo, mesmo que (o que é, contudo, bem improvável) ele decida reescrever as *Memórias de Adriano.* Marguerite Yourcenar não viajou à época do imperador romano, e tudo aquilo que soube dele foi, digamos, o que não eram caravelas para os índios. Penso que é nesse espaço de comunicabilidade que transitamos com o que escrevemos, independente do que escrevemos e onde escrevemos. Mesmo quando tratamos –e espero não estar esticando demais a corda aqui– de desencontro, de estranhamento e de incomunicabilidade.

As nossas leituras naturalmente também acabam circunscritas por esses nossos espaços –ou pelos espaços de nossos interesses específicos. Um amigo uma vez me disse achar impressionante o meu fascínio pela poesia oriental. Quando penso em poesia oriental, porém, sei que meu conhecimento é limitadíssimo– li Bashô e outros japoneses como Issa e Buson, sou fascinada pelo coreano Ko Un, mas há tão mais do que isso. Acompanho o que consigo da produção literária contemporânea no Brasil. Mas as minhas leituras fazem parte das minhas circunstâncias e daquilo que essas circunstâncias tornaram possível para mim (meu primeiro namorado me deu de presente *Memórias póstumas de Brás Cubas* quando eu tinha catorze anos. Descobri a poesia de Chantal Maillard numa exposição de fotografia num museu em Santiago de Com-

postela. Conheci Alejandro Zambra em Bogotá e quis ler sua novela *Bonsái* por causa do título).

Dito de um modo um tanto desorganizado, é assim que vejo o que escrevo em relação ao meu país natal, ao país onde moro, aos lugares que me atraem no mundo e que conheço ou não. O romance que comecei a escrever há pouco tem esse subtema: um lugar inalcançável, com o qual se sonha e que pode até ter nome e que às vezes até se consegue visitar, mas que continua inalcançável. Porque tem muito de mito, e porque é em grande parte construído pela nossa própria experiência dele. Como escreveu Bashô, «Mesmo em Kyoto sinto saudades de Kyoto.» Ou, como escreveu Paulo Henriques Britto: «Que além de suas bordas há um mar / infenso a toda nau exploratória, / imune mesmo ao mais ousado Vasco. / Porque nenhum descobridor na história // (e algum tentou?) jamais se desprendeu / do cais úmido e ínfimo do eu.»

Pode ser que a escrita honesta seja uma tentativa nesse sentido: desprender-se desse cais úmido e ínfimo, voltar-se para fora – e «para fora» pode ser para o outro século ou país, para o vizinho, o motorista do ônibus, o carteiro ou Marilyn Monroe (que aliás mereceu uma bela oração de Ernesto Cardenal), para o próprio filho, para um bicho.

A literatura nos dá esse privilégio de vestir outras peles e habitar outras mentes sem perder as nossas (lembro-me de que perguntaram ao diretor de cinema Steven Soderbergh, quando lhe entrevistaram sobre seu filme *Sexo, mentiras e videotape*, se ele se identificava com algum dos quatro personagens principais. Sim, ele disse. Com os quatro). Isso requer, porém, atenção, requer humildade, sentidos em alerta e uma espécie de perspicácia com o gume de uma navalha, para afastar as camadas daquilo que a repetição já embaçou e os perigos da subjetividade apaixonada por si mesma. Penso serem esses os verdadeiros instrumentos de um escritor (ou pelo menos dos escritores que me interessam), sua pá e sua enxada, e o resultado do seu trabalho vai depender de seu esforço e de sua habilidade em manejá-los ©